

Orange, con la triple corona de mártir, héroe y estadista, no salvara la material áurea corona del mezquino Rey con su precaria vida, teniendo la enemistad tan temible de Francia é Inglaterra y la restauración inmediata por ende allí en sus antiguos dominios, del poder y del nombre de los Austrias.

Un nuevo convenio, celebrado por Marzo del año 1583, renovó el pacto entre la persona del duque de Alençon y los privilegios de las Provincias. Farnesio no podía desconocer la gravedad inmensa de las desidencias, ni desaprovecharlas por su causa. Reforzado por nuevos envíos de tropas siguió su reconquista, empleando en ella una celeridad vertiginosa. Su empuje resultó de tal manera violento, y su fortuna de tal manera próspera, que ya no quedaba en el ánimo de Orange, tan lleno de recursos, otro asidero sino la protección de Francia é Inglaterra. Mandó, pues, al soberano, que le debía la vida y gobernaba en su nombre, hacia París en busca de auxilios; y el soberano murió en el camino, por la fragilidad de su complexión debilísima, según unos, y según otros, por la ponzoña de un bebedizo. Imposible referir las confabulaciones de aquel siglo para urdir crímenes políticos, y la facilidad con que se creía en corrosivos y extraordinarios venenos. Tres veces quisieron matar á don Juan de Austria, y dos veces á don Alejandro Farnesio. Un emponzoñador de oficio se presentó al representante de España, don Bernardino Mendoza, en París, y le prometió envenenar al de Orange con una sustancia tal que le secara los sesos, y le consumiera y acabara, sin dejar del crimen alevoso ningún rastro. No se necesitaba, por cierto, de tales maravillas en centuria de tanto fanatismo. La cabeza del príncipe se hallaba por Felipe II á precio puesta, y no había de faltar en Europa quien se arriesgase á cercenarla. Y en efecto, cierta noche lo asesinó un flamenco, llamado Gerard, disparándole á boca de jarro un tiro en el corazón. La muerte de Orange inspiró á Farnesio el deseo vivísimo de continuar la guerra, y le obligó al sitio de Amberes. No ya las historias en sus páginas, los poemas en sus versos jamás hallarán cerco tan parecido á lo fabuloso por los esfuerzos sobrehumanos de una y otra parte, y, sobre todo, de parte de los españoles. Surgieron moles parecidas á montañas, como si las hubiera producido en su creador afán la vívida naturaleza; cambiaron de curso los ríos enaguazados por numerosas tropas; sobre las olas movedizas alzaronse formidables fortalezas, y bajo las arenas de los mares se abrieron profundas minas, como si el arte de un hombre solo hubiera superado las invencibles resistencias de la materia, y cambiado con los esfuerzos de su tenaz brazo las fatalidades inevitables de la imperiosa gravedad. Farnesio apareció, no sólo como un general, sino también como un audaz ingeniero de primer orden. Su pensamiento de lanzar un puente sobre las dos riberas del Escalda, parecía un sueño; y, sin embargo, lo lanzó. Necesitando maderas en cantidades fabulosas, tomó la tierra de Termonde y se las procuró á toda costa en grande abundancia. Los más conocedores de aquel territorio exclamaban que tanto sufriría el Escalda los grillos de un puente, como los flamencos el yugo de un Austria. Y, con

efecto; empresa temeraria en todo tiempo encadenar entre los azares de una guerra y los fuegos de un sitio caudaloso río con dos mil cuatrocientos pies de anchura y sesenta de profundidad. Pero, lo cierto es, que adelantaba la fortaleza erigida para sostener la obra; y que caía Gante, ciudad hermana de Amberes, en poder de Farnesio con todos sus recursos. Y los diques propios para la defensa de los españoles se rompieron á un tiempo; y se ahondaron zanjas de catorce millas, destinadas á desaguar las corrientes contrarias á los sitiadores; y se pusieron en fila treinta y dos naves que protegieran la obra; y, á los siete meses, quedó concluido aquel portento, destinado en el ánimo de Parma, ó bien á ser el sepulcro para su cadáver, ó bien á ser el camino para su Amberes. Los de adentro inventaron máquinas infernales; una de las que mató más de setecientos soldados, y destruyó una parte del puente; pero, al ver la facilidad con que Farnesio reconstruía su maravilloso artificio y reemplazaba sus menguadas legiones, rindiéronse á su esfuerzo. Felipe II recibió de noche aquella fausta noticia en el Escorial; y yendo al cuarto de su hija Isabel, díjole sencillamente: «Amberes nuestro»; celebrando al amanecer en el coro aquella victoria con regocijo mayor que celebrara otras veces las victorias de San Quintín y de Lepanto.

Conocieron las Provincias Unidas que no podían prevalecer sin auxilio extranjero, y pensaron en sumar á sus fuerzas propias las fuerzas extrañas de una gran potencia. Llevados de tal idea, recurrieron á Enrique III de Francia; y como éste no le diera sino vanas palabras, recurrieron después, con mayores instancias aún, á Isabel I de Inglaterra. Arreglóse, por fin, una cordial alianza con esta última nación; y el resultado fué un pronto envío de refuerzos ingleses, dirigidos por el célebre favorito de la Reina, conde de Leycester. Quinientos nobles le acompañaban; y su recibimiento se pareció al recibimiento de los antiguos vencedores romanos, por lo solemne y fastuoso. Leycester tomó el título de gobernador supremo y capitán general, que las Provincias Unidas le ofrecieron, y esto disgustó mucho á la Reina. Pero más debía disgustarla el proceder de su favorito, no libertador, tirano; sin respeto á ningún derecho y sin sujeción á ninguna ley; arbitrario en sus acuerdos; déspota con los naturales, soberbio ante los nobles, malversador del público erario; y tan torpe general como infiel guardador de la autoridad puesta en sus manos por el pueblo. Afortunadamente, negocios de su Reina y de su reino le llamaron á Inglaterra, y permitieron traspasar el poder á Mauricio de Nassau. Sitió entonces Farnesio la ciudad de Ostende, como antes había sitiado la ciudad de Amberes; y volviendo Leycester de Inglaterra, fué á socorrerla, y tuvo que retirarse roto y maltrecho, á su refugio de la independiente Holanda. Cayó la Esclusa, cayó Güeldres; y Leycester, después de haber mostrado su incapacidad militar, se volvió á Inglaterra, constreñido á tan extraño regreso por las órdenes de Isabel, quien le mandó renunciar á su triste y deshonroso gobierno. Felipe II hubiera llegado, ó bien á entenderse con las Provincias Unidas, de admitir el principio más repugnante á su conciencia, el principio de la libertad religiosa; ó bien á una

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

dominación más ó menos fuerte, de concentrar allí todo su poder y todo su ejército. Más tolerante en los negocios de Estado con las Provincias Unidas que con ninguna otra de las varias porciones de su imperio empeñadas en porfías por conservar su libertad, cedía en todo, menos en lo relativo á la tolerancia, cuya eficacia hubiérale conservado el predominio político, si le hacía perder la unidad religiosa. Intratable por sus arraigadas convicciones en este extremo, tuvo contra sí una idea revolucionaria, no vencida por su padre Carlos V, é hizo de los rebeldes á su autoridad política, héroes y mártires de la nueva fe. Tal error gravísimo de doctrina se agravó, á su vez, con otro error gravísimo de política. Felipe II no quería que los Borbones semi-hereses en religión y heridos por nuestra conquista de Navarra, en donde tuvieron su nido, reinaran en Francia, como no quería que reinara en Inglaterra la hija de Ana Bolena, la bastarda de los Tudores. Y si las tropas de tierra que mandó contra Enrique IV de Francia y la invencible armada que mandó contra Isabel I de Inglaterra, las mandara contra las Provincias Unidas, sometiéralas de seguro, sujetas por la fatalidad de su poder y de su fuerza. Pero su dogmatismo religioso no le permitía consentir que la doctrina calvinista se asentase á sus anchas en Holanda, que la doctrina luterana se subiese sin sus protestas al trono de Inglaterra; que la doctrina semi-herética del hugonote convertido por una corona terrenal á un catolicismo bien poco exaltado se apoderase de Francia; y á este dogmático empeño de su fe, inmoló implacable la integridad de su corona patrimonial como habría sacrificado, implacable, Abraham, sin emisario y ángel del cielo que lo contuviese, la existencia misma de su primogénito. Las provincias valonas, con las cuales no tuvo disentimientos religiosos, quedaron bajo su dominio: pero las Provincias Unidas, con las cuales su dogmatismo le impedía todo acomodamiento, alcanzaron una completa independencia. Entregó el fragmento de corona salvado del naufragio á su hija Isabel Clara Eugenia, casándola con triste archiduque de Austria; pero ni con esto siquiera evitó la guerra; pues tuvimos que hacer en favor de aquel feudo ajeno á nosotros tantos sacrificios como los que hicimos para conservarlo cuando formaba parte integrante de nuestro propio Estado. En Mauricio de Nassau encontramos un enemigo tan formidable como su predecesor Guillermo de Orange. Gastamos nuestras riquezas en dispendios inútiles por aquella tierra donde habíamos vertido la sangre más pura de nuestras venas y el oro más rico de nuestras arcas. Tres años sostuvimos el sitio de Ostende; y sólo alcanzamos que nuestro marqués de Espínola se granjeara nombre tan glorioso como el nombre de nuestro duque de Parma en el sitio de Amberes. Pero, al fin, nos contentamos con guardar para los príncipes descendientes de nuestros dominadores las provincias valonas que nos habían de costar aún muchos sacrificios, y reconocimos la independencia de las Provincias Unidas en cuyo seno se organizó una República que, consagrando el principio de la revolución religiosa, señaló también el comienzo de nuestra irremediable decadencia. Una idea y sólo una idea venció toda la fuerza de Felipe II.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-SEXTO

Fuga de los Reyes.

DESPUÉS el paso de Mirabeau á otra vida, las dificultades múltiples de aquella situación se recrudecen, y las pasiones se animan. El Rey sentía dos grandes humillaciones; primera, la persecución sistemática de sus gentiles-hombres llamados caballeros del puñal por la plebe; segunda, la fuerza coercitiva empleada por Asamblea y gobierno constriñendo al clero á que jurase de grado ó por fuerza la Constitución. Las humillaciones infligidas á la aristocracia herían sus sentimientos, y las humillaciones infligidas al clero herían su conciencia. Mientras de su seguridad personal, de su vida, de la paz de su familia se trataba, podía sufrirlo todo en paciencia; pero tratándose de sus amigos, de los leales que permanecían junto á él en medio de tantas zozobras; tratándose del clero, de aquellos probados sacerdotes que lo comunicaban con la Iglesia y por la Iglesia con Dios, creíase en el deber moral de una resistencia invencible sustentada con ánimo resuelto, y decidida á todo, menos á la conciliación y á las transacciones. Así tenía por necesario, él tan tímido y tan irresoluto, conjurar contra su patria la ira de todas las naciones y llamar deliberadamente, sin escrúpulo alguno, esas iras devastadoras aquende las fronteras. Un Rey absoluto tiene tal idea de la divinidad de su origen y de la excelencia de su poder, que confunde su persona con el Estado y su trono con la patria. Para Luis XVI aparecía como cosa liviana someter la nación al extranjero. Con tal de emancipar la corona del ominoso poder de los partidos. Luego los Reyes componían á sus ojos